

SARA RATTARO

Alguien como tú

Traducción de Elena del Amo



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2015

Título original: *Niente è come te*

© 2013 por Sara Rattaro

Publicado y traducido por el acuerdo

con Silvia Meucci Agencia Letteraria – Milano

© de la traducción, 2015 por Elena del Amo de la Iglesia

© de esta edición, 2015 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3<sup>o</sup> B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 9788415945932

Código IBIC: FA

DL B 22039-2014

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*A las hijas de quien lucha por demostrar  
de qué está hecha la sonrisa de un padre*



*Están los que siempre saben qué hacer, los que te describen el amor en sus más mínimos detalles y por eso han dejado de buscarlo, los sabelotodo y los campeones de la moralidad, los ladrones de emociones y el que sabe cómo se viola un sentimiento.*

*Luego están las personas que saben darte todo o, al menos, eso te hacen creer, hasta que un día ese todo se lo llevan y tú te das cuenta de que te han robado mucho más, incluso lo que te pertenecía: tu inviolable derecho a ser padre.*

*Después, sin embargo, estamos nosotros que pasamos poco tiempo juntos, que solamente podemos imaginar los recuerdos, y que la idea de volvernos a ver nos da un miedo espantoso. Pero estamos tú y yo, Margherita y Francesco, respirando las mismas dudas.*

*Me pregunto si me parezco un poco a ti, y en qué. Si tú también te muerdes los labios cuando piensas, si tienes la manía de jugar con el mando a distancia cuando ves la televisión y si detestas la sopa de verduras con los trozos grandes. No sé si te regalé las pocas cualidades que tengo o si pasarás la vida luchando contra mi pereza, si también tú como yo no desearías a veces otra cosa que nuestro abrazo o si ni siquiera recuerdas mi cara, si te preguntas el motivo de tanto afán por mi parte por verte aunque sea solamente un minuto o si solamente represento una molestia entre la escuela y los juegos. No lo sé, y andar*

*a tientas en la oscuridad nunca es una buena sensación. Pero de una cosa estoy convencido: será gracias a cada uno de estos minutos únicos como un día comprenderás que no hay nada, pero absolutamente nada, como tú, Margherita.*

## MARGHERITA

Cuando el avión tocó tierra fue como recibir un latigazo en una herida abierta.

El hombre sentado a mi lado parecía tranquilo. Me hizo varias preguntas cuando subimos, pero luego desistió y se volvió para mirar al vacío. Creo que me quedé dormida.

La noche anterior no había pegado ojo. Seguía pensando en el jersey que mamá me había prestado. Su preferido. Era suavísimo y daba calor. Un día se lo pedí para ponérmelo en una fiesta de la escuela, pero cuando, un tiempo después, me dijo que se lo devolviera, no pude recordar dónde lo había dejado. Se puso furiosa y empezó a levantar la voz, a ponerse toda colorada.

«¡No me digas que lo has olvidado en la escuela!» Y después un montón de frases que, sin embargo, ya no conseguía recordar.

Pero anoche me levanté de la cama y abrí el armario. El jersey estaba allí. Ingrid lo había doblado con cuidado y lo había guardado. Lo cogí y fui al salón donde mi canguro dormía cuando había alguna emergencia que impedía a mamá estar en casa conmigo.

—¡Ingrid, despierta!

—¿Qué pasa?

–Quiero que mamá se ponga esto en el funeral, así sabrá que no lo he perdido.

–¡Oh, tesoro! Ella preferirá que lo lleves tú, ¿no crees?

Asentí. Me dejó un sitio a su lado y abrazando el perfume de mamá me quedé dormida.

–Margherita, tenemos que bajar.

¿Bajar? De repente no sabía dónde estaba y ni siquiera quién era aquel hombre que me llamaba. Él alargó una mano hacia mi brazo. No debe tocarme. No quiero que me toque. Y me puse a temblar.

–¡No quiero bajar!

Me agarraba al asiento y al cinturón aún abrochado.

–Margherita, hemos llegado a casa, tenemos que salir de aquí.

–Ésta no es mi casa. ¡Quiero volver a Viborg!

El hombre que me hablaba parecía haber perdido la calma. Se había levantado de repente, había dejado la bolsa en el asiento y me miraba desde lo alto mientras los demás pasajeros pasaban por detrás.

Permanecimos mirándonos a los ojos durante un breve instante. Estaba nervioso y tenía la cara toda colorada. Abría la boca para después volver a cerrarla sin decir nada, se pasaba la mano por los ojos, por el pelo.

Poco después puso la bolsa en el suelo y se sentó a mi lado. Seguramente más tranquilo.

–Margherita, escúchame, es importante. Hemos llegado a Italia, a casa. Éste es el lugar en el que viviremos juntos.

Me volví bruscamente y empecé a gritar:

–¡No, no, no..., no quiero ir contigo!

Y mientras su cara se iba poniendo cada vez más pálida, vi acercarse a una azafata.

–¿Va todo bien, señor? Deben abandonar el avión. Están a punto de subir los encargados de la limpieza.



–¡Por supuesto que va todo bien! –gritó él sin ni siquiera mirarla.

–No quiero bajar. ¡Tengo que volver con Ingrid! –grité.

–Señor, ¿esta niña es su hija?

–¡Por supuesto que es mi hija! –gritó–. ¿Por qué me lo pregunta?

La mujer dio unos pasos hacia delante mirándome aterrada.

–¿Cómo se llama? –preguntó.

–Margherita. ¡Se llama Margherita y es mi hija!

Sus ojos pasaban de él a mí como si asistiera a un partido de tenis. Parecía buscar algo. Quizá una semejanza.

–¿Margherita? –me llamó–. ¿Este señor es tu padre?

Levanté los ojos hacia ella y me eché a llorar.

–Quiero a mi mamá.

El hombre se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer en el asiento como si le hubieran disparado.